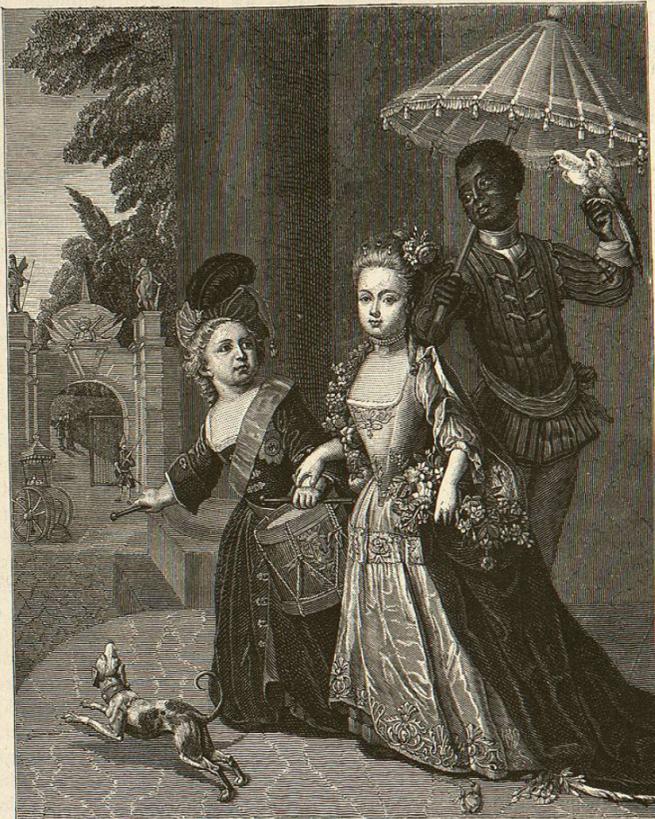


nuara su obra; que ante todo aprendiera á honrar á su padre y á su madre sin ser servil mi esclavo, conforme mandó expresamente. Toda adulacion debía evitarse escrupulosamente; de lo contrario incurrirían las personas culpables en su real desagrado, porque el futuro rey no habia de sufrir ningun adulador ni intrigante rastrero. Para todo esto no bastaban ni órdenes ni instrucciones, si no se encontraban personas capaces de ejecutarlas con talento y buena voluntad, y estas logró encontrar Federico Guillermo con mano felicísima.

La instruccion científica que no podian dar al príncipe los militares, fué confiada por el rey al francés Duhan de Jandun

á quien habia conocido en las trincheras de Stralsund; y á no ser por esta casualidad se habria visto el rey en gran aprieto para proveer este puesto. Duhan de Jandun no tenia absolutamente nada en su persona y carácter de lo que al rey repugnaba, al paso que reunia cabalmente todo lo que necesitaba y queria. Jacobo Egidio Duhan de Jandun habia nacido el 14 de marzo de 1685 en Jandun en la Champagne en Francia. Su padre habia sido consejero de Estado de Luis XIV; mas para no abandonar su religion reformada y librarse de la persecucion decretada contra los hugonotes, habia abandonado en 1687 su empleo y buscado



Federico II y su hermana Federica Sofia Guillermina, margravesa de Baireuth, retratados cuando niños

en Berlin una nueva patria donde pudiera practicar su culto en paz. Pronto se reunieron allí con él su esposa é hijo. En el elogio que hizo despues su discípulo, Federico el Grande, dice este: «Duhan cultivaba las letras con tanto talento y pasion, que cualquiera habria creído que su aficion literaria excluía todas las demás; pero no era así; su genio eminente le hacia apto para todo. El sitio de Stralsund despertó en él el deseo de adquirir gloria tan particular á la nobleza francesa. Sirvió pues de voluntario y se encontró en todos los puntos de peligro, etc.»

Este hugonote que habia renunciado en su patria un porvenir brillante para conservar su religion, era como la señora de Rocouille, religioso por conviccion, y estaba animado de aquella fe protestante valerosa que el rey estimaba mas que todo en la educacion de su hijo. En fin en Duhan habia encontrado á un jóven instruido que á la edad de treinta

años habia suspendido sus estudios por puro entusiasmo para dedicarse á la carrera de las armas y sentado plaza de voluntario; de modo que no habia peligro de que hiciera de su discípulo un sabio de bufete temeroso de exponerse á las fatigas de la vida activa. Además, al decir de su régio discípulo, unia á un carácter abierto, alegre y franco, el porte seguro y las maneras insinuantes de un caballero noble. Naturalezas de esta clase no se encontraban entonces en las universidades de Alemania, porque el primer sabio alemán que vituperaba bajo este y otros conceptos aquellos centros de instruccion y que dedicó su vida á combatir su rancia organizacion, Cristiano Thomasius (1), juzgó y condenó, de la misma manera que Federico Guillermo y despues su hijo el gran Federico, la organizacion gremial de las academias

(1) Véase la «Epoca de Luis XIV» de esta misma coleccion.

alemanas que solo sabian estropear el corazon, el cuerpo y el alma de los que las cursaban. Lo que indujo al rey de Prusia á confiar la educacion y formacion del alma de su hijo á un francés, siendo él tan enemigo de todo cuanto procedia de esta nacion, fué lo que ya habia determinado al citado Tomasio, el hombre que primero explicó la ciencia en idioma alemán (1), á recomendar á sus compatriotas el ejemplo de los franceses que se servian en la enseñanza superior del suyo propio. Federico Guillermo habia aprendido en su juventud el latin por ser esta lengua necesaria segun opinion de su padre expresada en la instruccion de 1695 para «el estudio de la bula de oro, la correspondencia diplomática con las grandes potencias, el de la historia y el de las notas políticas.» En 13 de agosto de 1718 escribió su hijo, Federico Guillermo I, al márgen de esta instruccion: «Por lo que toca á la lengua latina, no quiero que mi hijo la aprenda, ni que nadie le hable de ello.» En estas lacónicas palabras expresó el rey de un modo algo brutal la conviccion, entonces muy generalizada ya entre los prácticos, y conforme con la que habia expresado el citado Tomasio en su primer programa redactado en lengua alemana en 1687, de que el uso del latin en las escuelas alemanas era la ruina del estudio y de las ciencias, porque su dificultad enervaba la fuerza y energia pensadora, y una desgracia para la nacion, porque cerraba á los legos y especialmente á las mujeres el acceso á toda instruccion superior.

Cuando despues el rey Federico II se acordaba de la lucha que sostuvo en su juventud para adquirir sus conocimientos científicos, maldecia la pedantería de los que tenian en su mano la enseñanza de la nacion, que envilecia la ciencia y la desacreditaba á los ojos de todas las personas instruidas y de talento. Así escribió en su «Historia de mi tiempo» en 1746: «Estos archipendantes han hecho en Alemania mas daño á las ciencias del que podria haber hecho la misma ignorancia; su necia presuncion ha hecho recaer sobre las ciencias la maldiccion del ridículo; y el pueblo confundió despues el defecto de los que enseñaban con el estudio, tanto que las personas distinguidas que cultivan las ciencias parecen rebajarse con este estudio, como si fuera renunciar á su categoría social ensanchar su inteligencia con conocimientos útiles, ilustrarla buscando la verdad, purificar su gusto, suavizar sus costumbres, rectificar su criterio, apresurar la adquisicion de experiencia, mejorar su corazon, disminuir sus defectos y desarrollar talentos que son nuestra dicha en la juventud y nuestro consuelo en la edad madura, que dan atractivo á nuestro trato, nos hacen útiles á la sociedad y dignos de la posicion que ocupamos en el mundo para servir de provechoso ejemplo á la gran masa del pueblo y enseñarla hasta el camino de la virtud.»

La república de las letras en Alemania no tenia entonces individuos aptos como el francés Duhan para educar á príncipes, ni habia nacido entonces al idioma alemán ningun Klopstock ni ningun Lessing. De ahí resulta que no quedaba mas alternativa que formar el espíritu, talento y gusto del príncipe real por medio de un maestro francés, ó dejarlos sin cultivo ninguno. Esto explica tambien porqué quedó á la literatura alemana y al príncipe el barniz francés, cuando éste ya brillaba en su mayor gloria.

Las instrucciones que recibió Duhan del rey, le encargaban que enseñara al príncipe el idioma francés, en el cual, como tambien en el alemán, debia saber expresarse con elegancia, precision y laconismo; y además la geografía y genealogía, la historia política de los últimos 150 años, y particularmente la historia de la casa de Brandeburgo. El

(1) Hasta entonces en toda Europa se explicaba generalmente en latin.

(N. del T.)

libro de texto para la Historia universal debia ser el *Theatrum Europaeum*. Para la historia de Brandeburgo habia redactado Duhan un cuaderno, del cual se acordó con gratitud Federico cuando ya era rey en 1747, como una obra excelente de consulta, tanto que lo hizo pedir á la madre de su difunto profesor para aprovecharlo en la redaccion de la historia de su casa que figura en sus obras. El haber empezado Federico el estudio de su época cuando todavia era niño, fué una grandísima ventaja, tanto para el desarrollo de su inteligencia y de su carácter individual, como para su oficio de rey y hombre político. Cuando su padre prescribió este plan de estudios, al cual añadió: «Prescindase de la historia de Grecia y Roma, porque de nada sirve,» cometió á los ojos de sus contemporáneos una herejía pedagógica enorme; mas la posteridad ciertamente le ha de estar agradecida por ella. Lo que Federico necesitaba saber de la antigüedad, ya lo aprendió despues á pesar de aquel plan de estudios, que como base de su enseñanza le libró en su niñez de la extravagante balumba llamada erróneamente clásica que formó en los colegios de los jesuitas en Francia los fantásticos ideólogos de 1789 y los terroristas de 1793.

La confianza entusiasta que comunicó posteriormente el grandioso vuelo á la energía férrea de aquel hombre era consecuencia de su conocimiento superior respecto de las potencias que le rodeaban, de los medios de que disponian y del rumbo que solian seguir su ambicion y sus actos.

El príncipe real, desde la edad de siete años hasta la de diez y seis, estuvo bajo la direccion constante de su ayo Duhan. A los catorce años notaron ya los diplomáticos extranjeros sus dotes intelectuales notables; y que no participaba él de las aficiones particulares de su padre que queria implantarlas tambien en su hijo. El conde de Seckendorf escribió al príncipe Eugenio en una comunicacion fechada en 27 de junio de 1725, que el príncipe tenia «á sus pocos años un aire tan senil como si hubiese hecho ya muchas campañas,» á causa de las fatigas que le imponia su padre. como se las imponia á sí mismo. Luego añade: «La intencion del rey es que el príncipe siga la inclinacion paterna; que prefiera la carrera militar á todas las demás ciencias; que aprenda desde niño la economía y la frugalidad, y no tome aficion á la molice ni á las diversiones sino solamente á lo que el rey su padre quiera; pero la índole del príncipe tiende á la generosidad, á la elegancia, comodidad y magnificencia; es desinteresado, liberal y misericordioso.» En otras comunicaciones dice que el príncipe «á su paso por Magdeburgo no habia querido aceptar de esta ciudad el regalo de costumbre, hasta que su padre se lo mandó expresamente, pero al aceptarlo prometió á los pobres habitantes, bastante recargados ya de contribuciones, devolvérselo cuando subiera al trono. Tampoco admitió, sin que su padre lo supiese, de la ciudad de Stassfurt los 200 ducados que le presentaron los habitantes... En general tiene este jóven grandes disposiciones para todas las ciencias, en especial para las matemáticas y la mecánica; dibuja tambien á pulso y toma nota de todo. Su gusto es tratar con personas científicas, en contravencion á la órden expresa de su padre, que quiere que solo trate con militares, en su mayor parte oficiales subalternos.»

Exteriormente observaba el príncipe las prescripciones de su padre, y no se salia de los límites estrechos de su plan de estudio, y así solo se hablaba de los ejercicios de su compañía de cadetes y de sus adelantos en el *theatrum europaeum*; pero á la larga no podian seguir así las cosas. El rey daba grandísima importancia á que aprendiera su hijo de memoria nombres, números y hechos, aunque no fuese mas que para ejercitar la memoria, contra lo cual observaba Duhan que esto solo debia limitarse á las personas, batallas, sitios y

á lo sustancial de los tratados de paz mas importantes; que respecto de lo demás era preferible que el discípulo aprendiera á razonar sobre la historia y los sucesos concretos. En fin era imposible observar rigurosamente los límites prescritos; y lo era tambien impedir, atendidas la inteligencia precoz y el afán de saber del príncipe, que llegaran á sus manos otras obras que despertaron y alimentaron en él nuevas ideas, y que este nuevo mundo intelectual ocupara preferentemente toda su imaginación cuando en el año 1728 cesó la enseñanza regular y metódica. Era imposible impedir que en el alma del príncipe se realizara, á consecuencia de todo esto, una transformación que reclamaba imperiosamente su derecho de existencia sin que fuera posible contrarrestar este cambio interior con fuerzas exteriores y materiales. Lo que pasó en el alma de Federico cuando bajo la dirección científica de Duhan entró en la adolescencia lo trató posteriormente de pintar él mismo en versos dirigidos á su anciano maestro: «Estaba profundamente dormida mi inocente cordedad en los brazos del error y en el regazo de la ignorancia, cuando se me apareció en tu persona Minerva con la antorcha en la mano para mostrarme el camino de la inmortalidad. Desde lejos me llamaba al templo de la gloria donde está escrita la historia de todos los héroes verdaderos, donde preside la verdad veneranda, casta hija del cielo, y su hermana la justicia. ¡Cuántos conquistadores, azotes en la tierra, se presentan allí y son rechazados! Porque el que quiere habitar allí ha de ser virtuoso. Allí están reunidos todos los hombres que tuvieron almas igualmente nobles, los Aristides y Sócrates, los Tito, Augusto, Trajano, Antonino, Juliano, Virgilio, Homero, Horacio, Ovidio y Luciano: «Toma su vida por ejemplo, me dijo la diosa, que te sirva de estímulo para ser sacerdote incansable de Apolo. Mentor te guiará por caminos celestiales, te enseñará á coger rosas sin espinas y te conducirá por las sendas mas llanas; Febo te prestará sus corceles, y el estudio será la delicia de tu juventud y el consuelo de tu senectud helada. El estudio será la dicha de tu vida en la paz como en la guerra, en el descanso como en los viajes, y tu alma embriagada reflejará siempre su imagen.»

Este trozo demuestra que Duhan había abierto un mundo nuevo al príncipe real, cuyo encanto le deslumbró, y embriagó su joven corazón; Duhan rasgó el velo que ocultaba al príncipe su propio genio. Había despertado en su ánimo el ardor juvenil el deseo de pensar, observar y estudiar por sí mismo, el entusiasmo por el ideal, las delicias del amor á las ciencias.

Mas no consistía en esto solo el cambio de su sér; la sangre de los diez y siete años empezaba á hervir; cuanto mas monacal era su vida en Potsdam y Wusterhausen, tanto mayor era su impulso para ser libre y gozar; porque en la citada poesía exclama luego: «¡Ojalá que siempre hubiese seguido fielmente tus máximas sábias, y que jamás hubiese resonado en mi oído la voz seductora de sirena que extravió mi sensualidad; que con sus halagos engañó mi corazón, me hizo juguete de mi concupiscencia y me robó el calor de la paz interna, que ahora tengo que buscar de nuevo en la reclusión y el silencio, en la senda de la virtud y del estudio!»

Hasta entonces se había sometido tambien con invariable exactitud á las oraciones y ejercicios devotos que su padre había prescrito en su plan de estudios á las horas determinadas; pero adolescente, ya tenía que violentarse para hacerlo y luego ya no lo aguantó. Antes le había gustado el juego ó simulacro militar con sus cadetes, pero á la sazón tambien le repugnaba. La monotonía de la corte de su padre le inspiró un tedio mortal; huía de la caza, de los ejercicios militares; evitaba la compañía de los tertulianos de su padre,

para entregarse secretamente á la lectura, á sus ensueños y recrearse en el estudio de la flauta que tocaba con afición.

En febrero de 1728 fué enviado de visita á Dresde, capital de Sajonia, cuya corte era entonces una escuela abierta de todas las seducciones é inmoralidades. El joven príncipe se precipitó allí en los brazos del vicio y salió completamente relajado, ayudándole en su vida licenciosa con todas sus fuerzas sus dos favoritos los tenientes Keith y Katte, conforme prueba el testimonio de su hermana Federica Guillermina, en este punto perfectamente veraz. De ahí data la gravísima disension entre padre é hijo. Júzguese ahora quién tiene la culpa.

Dos cartas, una del hijo y la otra del padre, escritas ambas en el mes de diciembre de 1728, nos descubren los elementos de esta disension. En 11. del citado mes escribió el príncipe real á su padre desde Wusterhausen, su residencia usual, que no iba á verle por temor de un tratamiento todavía peor que el anterior y que rogaba á su «querido papá» por escrito que le tuviera misericordia; que «después de pensar mucho» no descubria la menor culpa por que reconvenirse. A esta carta contestó el padre iracundo: «Cabeza terca, que no te deja amar á tu padre, porque cuando se cumple con el deber, y en especial cuando se ama á su padre, se hace lo que éste quiere, y no solo cuando está presente, sino tambien cuando no lo ve. Sabes muy bien que no me gustan los asnos afeminados que no tienen aficiones varoniles, que se avergüenzan de ellas, que ni saben montar á caballo, ni tirar, que son dejados y negligentes en su exterior, pero que se hacen rizar el pelo como unos locos en lugar de cortarlo. Esto haces tú, á pesar de que yo te he reprendido mil veces por ello, siempre en vano y sin ningun resultado. Eres además vanidoso, orgulloso como un Labrador hinchado, nada popular, ni afable; con nadie hablas, excepto con tus compañeros; haces muecas como los locos; pero nada de lo que quiero, nada por amor filial; todo esto no te gusta, solo sigues lo que se te pone en la cabeza y para todo lo demás no sirves para nada. Esta es mi contestación. Federico Guillermo.»

Antes de pasar adelante daremos aquí otro sermón paterino posterior para mejor conocimiento de las personas y circunstancias. Esta carta lleva la fecha del 28 de agosto del año 1731 y dice así: «He hecho todo cuanto he podido para inspirarte una justa afición y un grande amor á la carrera militar sin lograr mi intento, porque trocaste tu ambición en presunción, y en lugar de mostrar afición, amor y aplicación á la vida de soldado, le muestras una profunda aversión, como que todo el mundo nota que en lugar de darte gusto, es para tí una verdadera carga. Tú mismo has comunicado tu repugnancia á personas tanto del país como extranjeras. Mil veces te he dicho que un militar aficionado á su carrera y que tiene ambición, ha de tener tambien afición á todo lo varonil, y en lugar de hacer vida afeminada, no ha de tener consideración con su persona; se ha de exponer y acostumbrar á todo, ha de aprovechar las ocasiones de distinguirse; no ha de ser sensible al frío, al calor, al hambre, á la sed, ni á las mayores fatigas. A todo esto has mostrado siempre repugnancia; y cuando se ha tratado de caza, viajes ú otras ocasiones de ejercicios corporales, has procurado evitarlas, prefiriendo un libro francés ó comedias y agudezas francesas, ó tocar la flauta, al servicio y á las fatigas. Has tenido á tu disposición una compañía por cierto hermosa, excelente y bien instruida, y ningun caso has hecho de ella.»

En el fondo del conflicto que descubren las primeras cartas, como las posteriores, se observa un elemento de carácter general, á saber: el contraste entre el genio alemán y el francés, que entonces en todo el pueblo alemán producía una

imponente fermentación en los ánimos y en las costumbres, y después de trabajosas luchas, dió origen á la nueva civilización que forma hoy la base de la vida doméstica y de familia y la de la educación y sociedad en Alemania. En aquella época se admitía en las cortes y los círculos elevados de Alemania todo lo que era francés sin separar la parte de escoria, las extravagancias cortesanas y la licencia, de lo que la civilización francesa tenía realmente de bueno y digno de imitación. Esto daba por resultado en cuanto á lo bueno una caricatura ridícula, y en lo malo una repugnante exageración; y lo que en las costumbres todavía primitivas y rudas del pueblo alemán había de justo y digno de respetarse iba amalgamado con la barbarie y grosería y tosquedad propias. El jefe de familia recto y deseoso de cumplir con su deber de dueño, de esposo y de padre, no sabia hacerlo de otra manera que á lo tirano, gritando y apaleando. Lo que la princesa Federica Guillermina cuenta del tratamiento durísimo é increíble que ella y su hermano cuando ya eran adultos sufrían de su padre, á pesar de algunas exageraciones maliciosas, está muy conforme con el carácter áspero y brutal de éste, con su temperamento inflamable é iracundo, y con su manera de entender su obligación como preceptor del heredero de una monarquía militar. Esta última consideración le hacia inexorable, porque se sentía en su derecho, ya que procedía de buena fe, creyendo servir así fielmente á un elevado objeto, inseparable del verdadero bien de su hijo. Duro hasta la inhumanidad se mostró el padre en esta lamentable discordia, pero con intenciones rectas y sinceras, no pudiendo decirse otro tanto de su hijo.

Este último mentía y violentaba su conciencia, en la carta del 11 de setiembre de 1728, sosteniendo que se sentía exento de toda culpa. Esta mentira fué el primer eslabón de una larga cadena de otras que cometió en palabras y actos, engendradas todas por la primera, hasta que produjeron la gran catástrofe. Esto fué lo que el padre no perdonó al hijo desde que se hubo enterado de sus extravíos. Humanamente considerado el asunto, lo cual hasta ahora no se ha hecho, tenía derecho el padre á exigir cuando menos la confianza de su hijo; á que éste confesara y reconociera su culpa, y prometiera reportarse. Lo que Federico Guillermo no podia soportar era la hipocresía del príncipe, que cometía sus faltas ocultamente, mientras se declaraba inocente ante su padre; que se lanzaba á aventuras y diversiones prohibidas en compañía de camaradas indignos, y armaba intrigas á espaldas de su padre el rey. Este por su parte no retrocedió ante ningun medio cruel para obligar al pecador recalcitrante á que confesara y se arrepintiera. El fin que se proponía lo explicó él mismo en la entrevista memorable que tuvo con su hijo en Custrin en agosto de 1731, bien que confesó tambien que no habria soportado de su padre lo que su hijo soportaba de él. «Os he tratado en la corte de Sajonia del modo mas rudo y duro posible, esperando que os arrepintierais y que cambiarais vuestra conducta, que me confesarais vuestras faltas y me pidierais perdón, pero todo fué en balde y os habeis vuelto cada dia mas impenitente.» Habría el rey perdonado los amoríos y las deudas como faltas de joven, con tal que las hubiera confesado; pero la terquedad del príncipe le ponía fuera de sí, y le parecia tan pronto ya un orgullo, ya una cobardía infame, y siempre un cáncer venenoso que era preciso extirpar de raíz.

No tuvo sin embargo toda la culpa la mala y terca cabeza del príncipe si este no aprovechó en la entrevista de Custrin el momento favorable para llegar á una reconciliación sincera, evitando con mutuas concesiones que el mal se hiciera incurable; porque además de los amoríos y deudas, existían otras diferencias entre ambos, en las cuales el padre no

quería transigir; ideas que el hijo ni podia abjurar, porque en estos puntos estaba en su derecho, amén de que no estando al alcance del padre, que no podia comprenderlas, resultaba siempre imposible toda avenencia. Ninguno de los dos habian llegado á comprender todavía que el talento francés no es incompatible con la virilidad material alemana; que el individuo que se vestía á lo petimetre, podia tener un corazón y una alma de rey; que el cultivo de las artes y ciencias no ha de ser para todo el mundo precisamente un motivo de ociosidad y de afeminación, y que muy bien puede ir unido á la energía del hombre de gobierno y del guerrero.

Un mal muy grande fué en todos conceptos que la reina Sofía Dorotea no interviniera como madre en tan desnaturada contienda. El rey había encargado á los maestros de su hijo que inculcaran en lo mas profundo de su corazón el amor, el respeto y confianza á su padre y madre; pero este encargo á nadie habria tocado realizar mejor que á la propia madre, porque mas podia hacer ella sola, que los extraños con la mejor buena voluntad y el mayor celo. Entre todos los pensamientos tristes que en el lector despiertan las críticas y el mal lenguaje que llenan las cartas y memorias de su hija cuando habla de la corte de sus padres, es sin duda el mas triste de todos el no leerse en ninguna parte esfuerzo alguno que su madre hubiese hecho para aplacar la ira de su esposo, sujetar la lengua suelta é irrespetuosa de la hija y poner la mano tranquilizadora materna sobre la cabeza ardiente de su hijo. ¿Cómo habria sido posible que naciera y se encarnara una situación tan antinatural en la familia de un padre tan recto y á pesar de su carácter violento, amoroso, si la madre hubiese comprendido siquiera remotamente su obligación? El lector respira cuando en la insostenible sarta de maldiciones y denuestos de estas memorias de la hija, encuentra un pasaje en que la autora siente la necesidad de justificar su conducta diciendo: «Parecerá singular que nosotros (la hija y su hermano) jamás diéramos un paso para reconciliarnos con el rey (1).» En efecto hemos de encontrar singular que una hermana de 20 años no sepa hacer mas que instigar á su hermano de 17 contra su padre, y si este los va á sorprender leyendo libros franceses ó estudiando música, oculten los papeles é instrumentos hasta debajo de las camas, en lugar de tener confianza en su padre que no habria rechazado á sus hijos si francamente se hubiesen explicado con él. Nos horroriza cuando leemos lo que respecto de esto dice: «Muchas veces manifesté á la reina que seria mejor decirse todo á nuestro padre, pero ella jamás quiso.» Si esto fué realmente así, pobre disculpa era, porque una hija de 20 años debía saber lo que debía hacer sin pedir parecer á su madre, aunque esta última objetara que como precio de reconciliación exigiria el rey que la hija diera su mano al duque de Weissenfels ó al margrave de Schwedt. Este proyecto era enteramente contrario á los de las dos mujeres, las cuales habian determinado que la princesa se casara con el príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra, y el príncipe Federico con la hermana de aquel, la princesa Amalia, pensando que si estos casamientos no se verificaran se sacrificarían los cuatro corazones jóvenes y se enemistarian para siempre jamás las casas de Hanover y de Brandeburgo.

A la posteridad toca ahora, como mas enterada, dar en esta cuestión toda la razón al rey de Prusia, que sabia per-

(1) Véanse las *Memorias de la princesa Guillermina, casada marquesa (margravina) de Baireuth, hermana de Federico el Grande, 1706-1742, escritas de su mano* (en francés), impresas en Brunswick 1810. 2.ª edición. La primera vez fueron publicadas estas memorias traducidas al alemán, pero esta edición hecha en Tübingen en 1810 tambien, discrepa mucho de la edición francesa.